

den en el festin de la vida, arrebatadas por los brazos de otros hombres que ya supieron incluirlo todo, hasta el amor, en la *partida doble* de ese bazar agigantado de hombres y cosas que hace mucho tiempo *abrió* la sociedad.

A esto, sin embargo, en la jerga del mundo, se llama «constituirse,» «establecerse.»

## CAPÍTULO V.

## UNA ROSA Y UN HARAPO.

## XXVII.

Antonio vió al otro día, claramente, que aquella muchacha podía convenirle «por mil títulos.»

Pero podía también suceder que él no le conviniera á aquella muchacha, «por ningún título.»

Ella era un ángel.....

Pero Antonio recordó que hasta el cielo suele verse muy bello al través de nubes de oro.

Y por otra parte, no habia dejado de pensar lo suficiente en todo lo que nosotros, en las anteriores líneas, acabamos de consignar.

Pensar esto es *quedarse pensando*, y así quedó Antonio.

Las teorías, por verdaderas que sean, jamas han tenido valor alguno en los mercados.

¡*Por poco* sucumbe de hambre Juan Jacobo Rousseau!

Nuestro hombre habia tenido que retirarse, temiendo *ser visto*.



¡Estaba su levita en un estado!.....

Si hubiera tenido sobre sus hombros un trapo mas *honroso*, acaso hubiera penetrado hasta la sala de la muchacha á quien siguió en la calle; pero no era así, y él tuvo que retirarse, arrojando un profundo suspiro y murmurando:

—¡Estoy tan *fachoso*!.....

Y hubiera querido en aquel momento ocultar hasta su corazón, aun cuando para ello no hubiera tenido mas que un harapo.

Lo importanté era *que no lo viesén*.

Por su parte la jóven, no sintió mas que un poco de curiosidad por aquel muchacho *de levita* que le habia visto los piés y la habia seguido *en la calle*.

Al arrancar la *manteleta* de sus hombros estuvo ligeramente pensativa.

—Sería casualidad,—murmuró por fin,—y se puso á pensar en *otra cosa*.

Cuando se asomó al balcon, *ya no habia nadie*.

Buscó, sin embargo, á lo lejos.

Nada.

El último pensamiento de Antonio, al dar punto á sus profundas meditaciones, habia sido.....

—¿Cuándo *despachará* el ministro mi solicitud?

Lo que ella mas pensó, puede, evidentemente, expresarse con estas palabras:

—Tal vez mañana.....

### XXVIII.

Pero fué vano esperar.

La levita de Antonio no podia transigir con dar vueltas por aquella calle.

Una levita es, ante la sociedad, la expresion del decoro; pues bien, el decoro se respeta mucho á sí mismo.

La jóven habia tomado el recuerdo de Antonio, y se habia resuelto á guardarlo indefinidamente, junto con sus botines de raso aplomado.....

### XXIX.

Una tarde estaba en el balcon y vió venir, á lo lejos, *algo* que le pareció ser Antonio.

Sintió que un poco de sangre le subia á la cara, se apoyó simétricamente en el barandal y volvió la cabeza del lado opuesto al en que venia aquel hombre.

Pero no era Antonio, y la jóven frunció imperceptiblemente las cejas.

Á poco rato se metió del balcon, cerrando cuidadosamente la vidriera. Se sentó al piano y se puso á cantar *Ideal*, por Octaviano Valle.

Nuestra jóven tenia una *mamita* que dormia siesta, y su siesta de esa tarde fué interrumpida por los dulces acordes de la muchacha.

Apenas empezó esta á cantar, cuando aquella entró en la sala con los ojos irritados y bostezando. Al verla entrar la jóven, se levantó del piano y fué á llenarla de caricias y de besos.

—¡Nunca, *mamita*, nunca me separaré de tí, aunque me muera!—decia la jóven, en medio de una exaltacion tan intempestiva como inexplicable.

—Nunca, mi vida, nunca nos separaremos,—decia la señora, pagando con usura las caricias de su hija y sonriéndole amorosamente, no obstante el mal humor que debió producirle la interrupcion de su siesta.



Nada vió, por otra parte, al través de aquel arranque violento y aislado de la ternura filial.

Cuando á una muchacha se le ocurren tales cosas, y se acerca temblando á protestar á sus padres que *jamas* se separará de ellos, *por ningún motivo*, es que ve mas ó menos próxima la separacion del techo paterno.

Búsquese entonces por los balcones, que álguien, indefectiblemente, andará por la calle.

La tarde en que pasó por allí un hombre que no era Antonio, nuestra jóven se formó tal resolucion respecto de su *mamita*. Despues de formársela y de colmar de caricias á la buena señora, se sintió alegre, placentera, animada.

No podia comprender—decia—cómo era posible no incurrir en la mas negra ingratitud, cediendo de *liso en llano* á aquel precepto de abandonar á su padre, á su madre &c., al tratarse de seguir á un marido.

—Yo nunca haré tal cosa,—decia acaloradamente,—nunca! Aunque *volviera*..... *con las mejores intenciones*..... Primero *mamita*..... si no, *no!*

Y seguia saliendo por las tardes al balcon y buscando con disimulo por toda la extension de la calle de su casa, y á lo lejos en las inmediatas.

Antonio no volvió á aparecer en muchos dias; pero su alma y sus pensamientos no tenian necesidad de un traje conveniente para presentarse por todas partes, y el alma y los pensamientos de Antonio giraban sin cesar en derredor de aquella muchacha, como un enjambre de mariposas en torno de una flor. Pero Antonio no volvia y el tiempo iba pasando.

A nada tienen tanta aversion las mujeres, sino al simple trascurso del tiempo.

Ellas son las que *pasan*, y pasan irremediamente.

La jóven nunca pudo pensar que el admirador de sus piés,

el hombre que se habia atrevido á seguirla, el hombre que habia sido en un momento tan insinuante, dejase pasar tan largo tiempo sin volver.

—¡Lo que son los hombres!—solia murmurar.

Antonio, por su parte, seguia estrechamente abrazado con su levita vieja.

## XXX.

Una tarde salió *ella* á la calle.

Tenia puesto un traje negro: *adoptó* un poco de palidez: iba interesante, seductora, hasta un poco distraida.

Fué directamente al *altar del Perdon*.

En el *altar del Perdon* hay concurrencia de dos clases; la que va á oír misas por el descanso de las almas de sus difuntos, y la que, puede decirse, pasa simplemente por allí.

Nuestra jóven no acostumbraba oír misa en parte alguna; pero esa mañana habia amanecido muy triste, muy fastidiada; necesitaba salir un rato, y fué á misa.

Arrodillóse al lado de su *mamita*, se santiguó, haciendo de su linda cara y de su turgente seno el mas casto y apacible Calvario, y abrió su libro de oraciones.

La ceremonia habia empezado algunos momentos antes, pero la muchacha «alcanzó la misa.»

Una misa es un sacrificio lleno de espectadores, y mas si se trata de una misa «dicha» en el *altar del Perdon* de la Catedral de México.

El celebrante y quien lo ayuda ocupan el consagrado recinto del altar, adonde se vuelven todas las miradas.

Es raro en extremo el murmullo de las preces formuladas por los fieles allí congregados, en acorde con la tos de los viejos y el estornudar de los constipados.



No parece sino que en la iglesia, lugar en donde no se habla sino en voz baja, todo el mundo anhela revelar su presencia y hacerse oír, *sonándose* ó estornudando.

La jóven tenia la vista clavada en la primera página de su devocionario, pero no leía.

Sus grandes ojos expresaban la mas profunda distraccion, y todos los pasos del sacrificio tuvieron lugar sin que ella volviera una sola página.

Despues del *post-communio*, la *mamita* dió un ligero tiron al abrigo de su hija, quien volvió en el acto la cabeza.

—El pañuelo, —dijo la señora, dirigiendo sus ojillos presbitas y el dedo índice hácia un objeto blanco que se hallaba en el suelo, inmediato á la jóven.

Esta se inclinó á recogerle y le ocultó, incendiada de rubor y temblando de emocion.

Aquel objeto no era su pañuelo, sino un lindo ramillete de botones de rosa blanca, colocado dentro de una elegante corola de encaje.....

En estos momentos «el padre» *echaba la bendicion*.....

### XXXI.

¿Qué significaba un pobre ramo de rosas pálidas en la historia íntima de una muchacha que «sueña y se acuerda?»

Ella no sabia la historia del *celan* oriental. Nunca le habia pasado por la idea que un hombre pudiese depositar toda su alma en el cáliz apenas entreabierto de unos botoncillos de rosa blanca; y sin embargo, al tomar en sus manos aquel «bouquet,» la jóven sintió que algo cálido, algo amorosamente tierno y suave, estaba envuelto en aquel grupo de capullos.

Al tomar en sus manos el «bouquet,» sintió que el «bouquet» le besaba la mano.

Cada flor era una especie de boca misteriosa, un nido apacible de besos que desde lejos se le mandaban allí depositados.

Tembló por eso y se ruborizó al tomar aquello, que era al mismo tiempo tan mudo y tan elocuente.

Si al regresar á su casa se hubiera visto seguida hasta ella por Antonio, llena de circunspeccion y de decoro, le hubiera dicho indicándole un sofá de la salita:

—Siéntese vd.

Pero llevaba un ramo, y se limitó á ponerlo sobre su piano en un vaso de agua.....

El *Ideal* de Octaviano se cirnió, con toda su misteriosa expresion, encima de aquellos perfumados botones de rosa, como hubiera podido estremecerse el alma de aquella niña sobre el corazon de su amante.

Hubo una inteligencia entre aquel ramo y aquella muchacha: á cada nota de la cancion, parecian entreabrirse todos aquellos suaves y apacibles capullos como sonrisas de amor, como conatos de beso, como si fueran un casto y delicioso grupo de amorcillos desnudos.

Una esposa, casi adolescente, no arroja una mirada de su alma sobre las futuras prendas de su amor, mas henchida de tiernísimo cariño, que las miradas que aquella especie de artista soñadora clavaba sobre el conjunto perfumado.

Era una série de mutuas interpelaciones, accesibles solo á la *inteligencia* de aquellos dos corazones, uno símbolo, otro armonía.

Era una conversacion ardiente, casta, séria, sublime!..... Una conversacion sin palabras, seguida por medio de perfumes y frases armónicas.....

Antonio *ya* se declaró de esa manera á la muchacha.

Ella, puede decirse, que le correspondió á Antonio, al que la amaba y al que dijo un *sí*, viéndole en forma de ramillete.



Al menos el ramillete estaba engalanado en lo posible, y sus hojas y flores descansaban en un lecho de yerba verde y fresca, y rodeado de aquella cándida corola de encaje.....

¡Hay veces que una persona amada solo puede tener el *inconveniente* de «no estar como se debe!.....»

La camisa limpia de un novio es la corola de encaje de un «bouquet.»

Diablura; pero..... verdad.

Un exterior que no es irreprochable, es un *pero*.

Sin embargo; debemos asegurar, en obsequio de la verdad, que aquella niña no se había fijado en los *peros* de Antonio. Tal vez era porque no había tenido tiempo para ello.

Antonio, por su parte, no necesitaba sin duda para llegar á completar su felicidad, otro requisito que el «visto bueno» de una lavandera.

Pero él no lo sabía. Creía otra cosa, y con razón.

Ella, puede decirse, que nada creía, pero pensaba.

«Pensar» en tales circunstancias, es darlo *todo*, virtualmente por lo menos.

Salir al balcon, *pensando*, es asomarse á la posibilidad de *creer*. Creemos nosotros que la fe, al tratarse del primer amor, ó si se quiere del conato del primer amor, forma un dato vago, pero eficaz, en favor del primer amante.

Aquella niña, como Juno, pero sin tener necesidad de pedir á Vénus prestada su cintura, se sintió animada y altamente embellecida por el primer desasosiego erótico. Puede decirse que con ambos piés había asido y aproximado una tea incendiaria al corazón de Antonio. Probablemente ambos iban á volar.

Subió al monte *Ida* de su acalorada imaginacion, y en su imaginacion *fué de Antonio*.....

Consultó el lenguaje de las flores:

*Rosa blanca—amor secreto.*

## XXXII.

¡Amor secreto!

¿Quién podía amarla en secreto sino aquel joven macilento, pálido y enlutado, que tanto la había visto y que la había devorado los piés con los ojos?

Nadie mas que él.....

Pero..... ¿por qué no volvía? ¿En dónde estaba el obstáculo para seguir adelante?

El ramillete era bellissimo, y se lo agradecía mucho; pero era mejor *hablar claro, expresarse con franqueza*.

Si por acaso le ocurría seguir *pasando* por la calle, mandándole ramilletes, tal vez cartas..... incurriendo acaso en fogosas indiscreciones, ¿qué iban á decir las gentes?

¡Es tan *bonito* reservar el perfume sagrado del corazón, y no evaporarlo en presencia de todo el mundo!

La reserva en amores, es sublime.

Guardar en amores la reserva con los hombres, es hacer confidentes á los ángeles.

Por otra parte, el mundo es zumbon y cruel con los que se aman de veras.

Hay frases que arranca el sentimiento, y que solo llegan al corazón de los *interesados*!.....

Qué..... ¿querrá *ese señor* casarse?..... Porque..... si es diversion *¡yo no!*..... ¿Pensará escribirme?..... Tal vez ahora pase..... pero no debo darme tan pronto por *entendida*.

Me creería coqueta.....

Pensaría que es el *único*.....

Creo que es simpático..... puede que sea un buen muchacho!.....



Se asomó consiguientemente al balcon.  
Allí estaba otro ramo de rosas blancas.  
Lo recogió temblando, fué á colocarlo en el mismo vaso en donde se hallaba el anterior, y pensó esto:

—*Por ahí anda.*

Abrió de nuevo el piano y se puso á cantar, con voz trémula y bajo una emocion perfectamente visible, aquello de

«Ven y traspasa el pecho que te adora

Primero que negarme tu mirada:

Ven y *verás* mi sangre envenenada,

Y su intenso calor *tú* sentirás.»

«Ven, amor mio, con tu blando aliento

Cual del pensil la perfumada brisa;

Mis fatigadas sienes narcotiza. . . .

¡*Oh, ven, por Dios, «no me hagas sufrir mas!»*»

Redobló el fuego en los últimos conceptos armónicos. Los ámbitos de la salita se impregnaron de la *decente* voluptuosidad de esa canción, que es un verdadero deliquio.

Habia algo por allí de miel etérea, de una dulzura puramente moral, indefinible.

Las frases melodiosas de la canción se estremecieron en aquella atmósfera perfumada por un corazón y un «bouquet.»

Habia algo de cataratas de perlas y de rosas, emanado de esa gran rosa entreabierta que se llama *una mujer enamorada*.

Si es cierto que existen los ángeles del amor, aquella pequeña y elegante sala debió verse instantáneamente poblada de todas las rosadas falanges de los espíritus eróticos.

Al espirar entre los labios de aquella niña la última nota de la canción, un misterioso, vago y prolongado suspiro, llevó el alma de la joven hasta el parasismo sublime, interpretado por la última frase de la armonía. . . . .

Pareció que todo languidecía, que todo se inclinaba, y que aquel grupo poético de botoncillos de rosa, como un nido de serafines pálidos, inclinaba sus cabecitas, semejantes á rostros infantiles, languideciendo entre el sueño y la ternura.

Después de tal expresión, solo faltaba una referencia.

La primera que se presentaba «á la mano,» solo podía brotar por el balcon.

Se asomó, pues, *por detrás de la vidriera*.

Adentro todo era ternura, poesía, amor. . . . .

Al dirigir la joven sus miradas á la calle, todo en esta era *prosa, grosería, indiferencia*.

La calle estaba sola, y al cabo de un corto rato solo se vió pasar por allí á un muchachuelo sucio, andrajoso é indecente que iba silbando:

*La donna e mobile.*

Se retiró de nuevo. De nuevo necesitaba expresar *algo*, y entonces cantó:

«*Sígueme siempre, siempre,*

*Sombra del bien que adoro. . . . &c.»*

Antonio se hallaba lejos de aquellos contornos.

Á la sazón que aquella niña habia estado cantando, nuestro joven se hallaba en el Palacio nacional, constituido en uno de tantos agresores, que con sus diversas *instancias* en la mano, los proyectos en la mente y la paciencia en lo fabuloso, esperan la primera oportunidad para lanzarse sin misericordia sobre la persona del *señor ministro de Hacienda*.

Se cumplió, pues, sin duda alguna, con la ley universal.

*La mujer*, como la Magdalena, *habia amado mucho*.

*El hombre*, habia *trabajado* hasta llenar la exigencia de verter el sudor de su rostro.

Podía, pues, representarse el porvenir de ambos jóvenes, por



un singular embrollo de pan y flores; pero se interponia entre aquellos dos astros del mas celestial de los amores, el horroroso *inconveniente social*, el cuerpo opaco que tantas veces se interpone entre el cielo de las ilusiones y el mundo de las realidades..... una nebulosa fatal, en fin.....

¡Una levita vieja!.....

Si amores como aquellos pueden llamarse un poema, *trascurre* para aquellos desgraciados el primer canto, y quedaba *apuntado* y pendiente.

Podrá parecer increíble; pero aquel pobre muchacho, con su *prosa*, sus harapos y sus silbidos, habia venido á representar una especie de *registro* de papel viejo, con el cual se *apunta* en las primeras páginas de un libro nuevo.

Tenia su intervencion en el *negocio*; pero ella ni pudo creerlo.

Era, como quien dice, un pequeño ministro de aquellas incipientes relaciones.

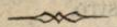
La jóven no lo sospechó.

La noche de aquel dia de flores, la muchacha se recogió temprano.

Los ramilletes continuarian la conversacion á solas en la sala, y nuestra solitaria, *tristona*, medio enamorada, y *rèveuse*, como diria un frances, desde las primeras horas de la noche se replegó en su lecho como una flor se replega en su cáliz.

Allí acarició, entre el clarooscuro de su recámara, millares de quimeras y esperanzas, sintiendo, castamente reclinado en sus brazos, no á un niño, pero tampoco á un hombre que entre ellos la profanara, sino que antes bien iba á identificarla con la figura poética y divina de su Virgen patrona.

Nuestra jóven, pues, se llamaba simple y buenamente: «Piedad.»



## CAPÍTULO VI.

¡¡ESTA USTED INCONOCIBLE!!!

### XXXIII.

Habia dicho Piedad las palabras *¡pobre muchacho!* no por cierto en el sentido en que todo el mundo dice *¡pobre gente!* refiriéndose á quien *está mal* y sufre las adversidades comunes de la vida; sino en el mismo sentido en que hubiera proferido la Jessy del bardo inglés un *¡my poor beloved Byron!* suponiéndolo muerto de dolor y de amores.

La fotografía producida en el cerebro de Piedad, no era por cierto la de un *moceton* entristecido y poco mas ó menos *impresentable*, sino la sombra enérgica, aunque fugitiva, de una especie de Lovelace de levita, todo *todo*, nada detalle.

Era, pues, preciso interesarse un poco por *aquello* que sin vacilar habia seguido sus huellas, y cuya empeñosa instancia habia ella podido observar, viéndola «sin responsabilidad» y *con el rabo del ojo*, mirada que solo es concedida á las mujeres, y sobre todo, á las mujeres *interesadas*.